

# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

40 Cents.

AÑO II  
NUM 67

30 MAYO  
1926



BIBLIOTECA MUNICIPAL





# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIAN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA, 2B. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 20 PESETAS. OTROS PAÍSES. AÑO 30 PESETAS.



## El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton





PROGRAMA  
PARA HOY

EL  
HALCON  
DEL MAR

Sensacional!

# GRAN CINE



A la luz dorada del sol poniente el *Huracán* entraba en la bahía de El Khana escoltando a un barco árabe de gran tonelaje. Este barco venía ejecutando innumerables piraterías en barcos y pueblos de la costa y formaba parte de un grupo de barcos dedicados a esta ilícita industria.

A petición de las autoridades árabes, el *Huracán* andaba dando caza a estos barcos, y estaba desempeñando tan bien su cometido que se creía que esta última captura iba a ser el golpe definitivo a las actividades de los piratas.

Al entrar en la bahía de El Khana el destroyer fué directamente hasta la boya que le estaba destinada para mientras la bahía sirviese como base a sus operaciones. Apenas quedó el buque amarrado, salieron del puerto unos cuantos botes árabes que iban a recoger a la tripulación detenida a bordo del barco pirata. Uno de los botes, sin embargo, llegó hasta el *Huracán* conduciendo en él a Ahmed Hamid, el gobernador árabe del puerto.

Salió a su encuentro el capitán Colin Wood, y lo mismo él que toda la oficialidad del barco, le recibieron con todos los honores y cortesía debidos a su alto rango.

—Nos ha hecho usted un gran servicio, capitán —dijo Ahmed—. Porque de todos los barcos piratas ninguno fué jamás tan temido como este de Abdullah, «el Halcón de los Mares». Pues este hombre era el que estaba a la cabeza de toda su flota y desde el momento que usted lo ha capturado ya está completa la obra.

—Soy de su opinión respecto a Abdullah y creo que ahora ya se habrán acabado los desórdenes por estos puertos —comentó Colin—. Una vez capturado al jefe ya tiene usted dominado el movimiento. Los prisioneros están todos a bordo del barco árabe, excepto Abdullah, que he tomado la precaución de traerlo a éste para poder así entregárselo a usted directamente.

Wood dió orden al primer oficial que estaba allí de pie y en seguida traían el prisionero a cubierta.

Abdullah, «el Halcón de los Mares», hacía honor a su nombre. Era un hombre fuerte y hercúleo con la tez bronceada.

Ahmed le miró e hizo señas de que lo entregasen a los hombres que estaban al cuidado del bote de Ahmed. Abdullah, con las manos esposadas, fué hasta el extremo de la cubierta y desde allí dirigió una última mirada llena de ira a Colin.

Ahmed se levantó y dijo:

—No quiero perder ni un minuto en ponerlo a buen recaudo, así que usted me dispense si me retiro tan pronto. Esta noche espero tener el honor de recibirle a usted en mi casa.

Colin Wood aceptó la invitación, y en cuanto el gobernador se fué transmitió un aerograma al almirante de la Armada comunicándole que Abdullah estaba ya en poder de las autoridades árabes y que por lo tanto el *Huracán* había terminado su misión.

A este aerograma recibió Colin la contestación de que el *Huracán* permaneciese en el puerto para que la tripulación fuese a tierra y disfrutase de unas horas de asueto.

Y así fué como una hora después saltaban a tierra la mayor parte de la tripulación, acompañándoles Colin, que iba a cumplir su cita con el gobernador árabe.

El capitán pasó una velada muy agradable, y pasadas ya las diez irrumpió en la sala donde estaba él con el gobernador un árabe que entró sin aliento por el balcón que daba a los hermosos jardines de la residencia de Ahmed.

—¿Qué es eso? —rugió Ahmed.

—Os pido perdón por haber entrado de esta manera, excelencia

—replicó el árabe—. Pero traigo unas noticias muy urgentes. ¡Abdullah, «El Halcón de los Mares», se ha escapado!

—¿Se ha escapado? —repitió Colin—. ¿Cómo? Si hace una hora le vi yo en la prisión.

—¡Se ha escapado solo! ¡Han asaltado la prisión una partida de hombres y se lo llevaron! Parece ser que no están todos capturados como creíamos.

Wood, que en todas las ocasiones se mostraba hombre de acción, echó a correr delante del mensajero, dejando al Gobernador aturrido y echando bravatas y llamando a gritos a toda su guardia.

El capitán sabía dónde estaba la prisión por haber estado allí antes con Ahmed. Era ésta un edificio de piedra de un solo piso, situada en medio del bosque que había a espaldas de la residencia del Gobernador, y hacia ella se dirigió Colin. Metióse por una avenida sombría, bordeada de árboles que, cruzando el bosque, llegaba hasta la misma prisión. Colin corría a todo correr, y apenas habría andado doscientos metros, salieron de entre las sombras unos cuantos hombres que se echaron sobre él. Aun cogido de sorpresa y sobrepasado el número de seis a uno, Colin Wood no se dejó vencer sin antes entablar una porfiada lucha. Peleó con la fuerza de un tigre por librarse de aquellos árabes, y no cabe duda que les hubiera hecho bastante daño si no hubiera recibido un golpe a traición en la nuca que le hizo caer a tierra.

## El peligro del «Huracán».

Cuando Colin volvió en sí encontráse tirado en el suelo húmedo de una celda, los tobillos atados fuertemente uno contra otro y las manos atadas en la espalda. Al abrir los ojos vió delante de sí al jefe pirata hablando con otros dos hombres. Estos, que creían a Colin todavía sin conocimiento, decían:

—Nos ha salido muy bien. El capitán inglés está en nuestras manos y nadie nos ha visto conducirle aquí.

El pirata se acarició la barba pensativamente y dijo a uno de los árabes:

—Antes de emprender mi último viaje he dejado ciertas instrucciones. ¿Han llevado ya a esos?

—Sí, mi capitán. Hemos colocado una bomba explosiva dentro de la boya a la que amarran el destroyer británico. La bomba explotará a las doce de la noche y el bote no estará de vuelta hasta el amanecer.

Estas palabras hicieron estremecerse a Wood.

—¡Por Dios! —exclamó Colin—. ¡No será usted tan cruel que destruya el barco arriesgando las vidas de los que están a bordo de él! ¡Ya me tienen ustedes a mí, y con esto debía quedar satisfecha su venganza.

—Si el barco británico pierde a su capitán, pronto será reemplazado por otro —replicó fieramente el árabe.

—Y si destruis el barco, tendréis aquí toda la flota para vengarlo —amenazó Colin.

—Eso no me preocupa, pues no pienso volver a embarcarme más. Mi gente ha sufrido ya varias inermas y ya no hay que esperar que el negocio sea como antes; pero con los hombres que me quedan

Mi pinochistas preferidos son los suscritores a mi revista.

PINOCHO





llevaremos nuestras acciones a otros lugares para hacer que el nombre de Abdullah sea tan temido en la tierra como lo era en los mares.

El árabe se volvió a los otros:

—Nos queda poco tiempo —dijo—. Vamos a lo alto del monte Saud y, cobijados por las doce palmeras que coronan aquella cúspide, veremos los últimos restos del barco británico. Tapadle bien la boca al capitán para que no pueda gritar.

Después que lo hicieron así, Abdullah se dirigió a la puerta; uno de los hombres señaló a una reja de hierro que había en la pared. Esta reja tenía una sólida puerta de hierro que estaba abierta.

—¿No cerramos la abertura, capitán? La marea está subiendo en la desembocadura del río y dentro de unos minutos empezará a entrar aquí el agua.

—En ese caso la dejaremos abierta —contestó el pirata, dejando ver por la expresión de su cara su malévolos intención.

El pirata y los dos hombres pasaron al sótano, dejando a Colin solo. Este sintióse devorado por una fiera desesperación.

El desesperado capitán luchó con toda la fuerza de su poder por desatar las ligaduras que le ataban las muñecas; pero por más que se esforzó, retorció y estiró los músculos, hasta que el sudor brotaba por todos sus poros, no pudo hacer ninguna mella sobre la cuerda. El agua llegaba ya al borde de la reja y en seguida empezó a caer dentro de la celda. Poco a poco fué cubriendo el suelo. No tardaría en cubrir también a Colin y todo se acabaría para él; pero antes de llegar ese momento, oiría el ruido de la explosión que señalaba el hundimiento del *Huracán*; el barco que tanto era para él.

Dejando de luchar encaminó todos sus esfuerzos a ponerse en pie.

Echado boca arriba fué levantando las rodillas hasta ponerlas lo más cerca posible de la cabeza; luego las estiró de golpe, consiguiendo así levantarse del suelo.

Ya de pie, y en medio del agua, miró alrededor suyo buscando algo que pudiera ayudarle; los rayos de la luna, que entraban por entre las rejas, le mostraron una aldaba de hierro oxidada que había en el marco de la puerta. A saltos y a tropezones llegó hasta ella, y allí se volvió hasta poner las manos junto a la pieza de hierro, restregando la cuerda contra el metal corroído.

Como no veía lo que hacía era inevitable restregarse la carne contra el hierro; pero ni este sufrimiento le hizo retroceder. Esperando a cada momento oír el estallido de la bomba, Colin continuó su obra frenéticamente, hasta que al fin, con las manos destrozadas, cedió la cuerda que las sujetaba y sus manos quedaron libres.

### Una carrera contra el tiempo.

Colin se electrificó en acción y cortó con la navaja las ligaduras de los tobillos.

Al inclinarse vió debajo de él las aguas oscuras del río y a ellas se arrojó el valiente capitán. Después, de una buena zambullida, salió a la superficie y fué nadando hasta unas escaleras que bajaban de un muelle medio roto. Al llegar a ellas salió del agua y se detuvo unos momentos para orientarse. En cuanto estuvo seguro del sitio en que se hallaba, echó a andar por entre un laberinto de calles estrechas y sucias, que sabía muy bien le conducirían al muelle.

Por las calles había muy poca gente, debido a lo avanzado de la hora; pero al llegar a la calle principal se encontró con una partida de hombres que iban por parejas charlando y riéndose. Eran los marineros del *Huracán*, que estaban disfrutando de las horas de permiso.

—¡Ah, del *Huracán*! —gritó Colin.

Los marineros se volvieron, encontrándose con su capitán, que

corría hacia ellos. Iba descubierto y con su elegante uniforme de marino, todo desgarrado y chorreando agua y fango. Su aspecto era suficiente para hacer ver a sus marineros que algo serio le había ocurrido.

Todos corrieron a su encuentro.

—¿Qué hora es? —fué su primera pregunta.

—Van a dar las doce.

—¿Cuántos minutos faltan?

—Cinco.

Colin Wood no había cesado de correr, y todos los demás corrían ahora también a su lado.

—Id ahora mismo a la cumbre del monte Saud y capturad a todo el que se esconda entre los árboles —ordenó el capitán—. Aproxímaos cautelosamente y apoderaos de ellos por sorpresa. Son una partida de hombres que están a la desesperada.

Los marineros estaban ansiosos por saber qué había sucedido a su capitán para que se hallase en aquel estado, y deseaban saber si necesitaba ayuda para sí propio; pero como gente muy disciplinada que eran, no se atrevían a discutir sus órdenes ni por un momento.

Así que desaparecieron, sin decir nada, por la carretera que conducía al monte Saud.

Colin continuó andando hacia el muelle. No tenía tiempo a ir hasta la bahía donde estaba el bote del *Huracán* esperando por los marineros, y al llegar al muelle saltó en el primer bote que encontró a mano, que era una gasolinera pequeña.

Sin atreverse siquiera a pensar en los minutos que faltaban, echó a andar el motor y se dirigió, a la mayor velocidad que pudo, hacia el *Huracán*, que estaba en la bahía, a media milla del muelle.

Al llegar a una distancia que él calculó podrían oírle, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Ah del *Huracán*! ¡Alejaos a todo vapor por la popa!

Mc. Todd reconoció su voz, y las órdenes se percibieron claramente.

Un segundo después, el bote se acercaba al costado del *Huracán*, y Colin saltó a bordo. Soltaron las amarras al destorcer y empezó a alejarse de la boya.

Apenas habría andado treinta metros, y hallábase ya fuera de peligro, cuando sonó una ensordecedora explosión; brilló un fuego que parecía un relámpago, y la boya salió por los aires deshecha en mil pedazos.

\*\*\*

Aun exhausto como estaba Colin, todavía tuvo fuerza para mandar enfocar un reflector sobre la cúspide del monte Saud. Los rayos deslumbrantes iluminaron las doce palmeras que la coronaban, dejando ver también una patrulla de marineros que salían de entre los árboles con sus prisioneros.

A Abdullah, el «Halcón de los Mares», y a los miembros que quedaban de su banda, les llegaba el turno, y la obra del *Huracán* quedaba completa.







# LOS EXPLORADORES DEL MELORIA

POR EMILIO SALGARI

(Continuación.)

Apenas hubieron comido algunos bocados cuando de la parte del torrente oyeron fuertes ruidos, que parecían producidos por el caer de grandes masas.

Vicente se levantó de repente, exclamando:

—¡Un hundimiento!

—Vamos a verlo —dijo el doctor.

—¿Lo habrá provocado el eslavo? —dijo Miguel.

—No hemos vuelto a ver su linterna.

—Sí, es cierto; pero puede haber bajado por detrás del torrente para acercarse hasta nosotros ocultamente.

—Dejemos aquí las lámparas para engañarle y hagamos por acercarnos a esa hendidura.

—Mejor será que se queden aquí Miguel y Roberto —aconsejó Vicente—. Las lámparas son nuestra salvación.

—Bueno —respondió el doctor—. Vayamos nosotros dos de exploración y que se queden ellos aquí.

Recomendaron a los pescadores que vigilaran bien el puesto y les dejaron un revólver, después de lo cual se marcharon en dirección del torrente.

Los ruidos proseguían, pero no cercanos. Parecía como si el suelo se hundiese en el torrente a unos seiscientos pasos del lugar donde habían acampado.

¿Se trataba de un hundimiento natural, o provocado por el eslavo? He ahí lo que se preguntaban con ansiedad Vicente y el doctor.

—Yo no estoy muy tranquilo —exclamó el lobo de mar—. Tengo el presentimiento de que es demonio de loco quiere hacernos una jugarreta.

—¿Qué crees que haga?

—No lo sé; pero comienzo a sentir miedo. Ese hombre ha sido durante mucho tiempo minero en las cuencas carboníferas del Arsa y de Rabar, en la península de Istria, y puede idear alguna cruel venganza contra nosotros.

—¡Bah! Sería necesario que tuviese para ello medios poderosos.

—Nosotros no hemos encontrado nada en sus cajas. ¿Quién sabe dónde habrá escondido su contenido y qué cosas tendría allí dentro?

—Desecha esos temores, Vicente.

Habían llegado a la orilla de aquel torrente, una orilla casi cortada a pico, que no se podía bajar sin gran peligro.

El señor Bandi y el pescador miraron hacia lo alto del curso del torrente, pero no vieron brillar la luz roja del eslavo.

—Nada —dijo Vicente—, y sin embargo, continúan los ruidos.

—Quizá describa curvas este torrente —dijo el doctor—. Sería preciso que subiésemos hasta el lugar donde se producen los desprendimientos.

—Eso es una empresa difícil no teniendo una lámpara a nuestra disposición.

—Si pudiésemos bajar al torrente.

—Me parece que es demasiado impetuoso para poder meternos en él, y quizá también, muy profundo.

—Vamos a verlo, Vicente.

Encendió una cerilla y prendió con ella fuego a un puñado de cáñamo embreado que dejó caer dentro del cauce del torrente.

¡Aquello no era un torrente! Era un verdadero río de doce o quince metros de anchura, que bajaba precipitadamente alzando sus aguas en furiosas ondas.

—No nos queda más recurso que bordear la orilla —dijo el doctor.

—Vamos primero a coger la linterna.

Apenas dijo estas palabras sobrevino una explosión atroz, procedente de la parte alta de la corriente del río.

La tierra tembló espantosamente, como si hubiera ocurrido un terremoto, mientras de lo alto se derrumbaban rocas enormes que bajaban rodando hasta caer en el río, haciendo saltar por el aire colosales salpicaduras.

Durante algunos instantes pareció como si toda la caverna fuese a desplomarse sobre las cabezas del doctor y sus

compañeros: afortunadamente no se hundieron más que algunos trozos de la bóveda. Las paredes enormes de la mina resistieron aquella formidable sacudida.

El doctor y Vicente fueron derribados uno sobre otro, y por un verdadero milagro no cayeron de cabeza al río. Repuestos inmediatamente del sobresalto, tuvieron el sentimiento de encontrarse sumidos en las tinieblas, pues las dos lámparas que ardían en el campamento fueron apagadas por la explosión.

—¡Gran Dios! ¿Qué ha sucedido? —gritó Vicente.

—Parece que ha estallado la mina —contestó el doctor.

Después gritaron llenos de angustia:

—¡Roberto!... ¡Miguel!

—¡Doctor!... ¡Patrón!... —respondieron los dos pescadores.

—¿Estáis heridos?

—No, ¿y vosotros?

—¡No, gracias a Dios! —exclamó el señor Bandi.

—¿Dónde están las lámparas? —gritó Vicente.

—Se han apagado.

—¡Encendedlas en seguida! No nos atrevemos a movernos porque tenemos detrás el río.

—¡Esperad un poco que las busquemos! —dijo Miguel. La explosión las ha lanzado no sabemos dónde.

Mientras los dos pescadores buscaban las lámparas a tientas entre los montones de carbón, se entabló un diálogo entre el doctor y Vicente.

—¿De qué habrá sido esta explosión? ¿Del grisú, quizá?

—No, Vicente; en ese caso nos hubiéramos visto envueltos por un torrente de fuego.

—¿Entonces ha debido de ser una mina?

—Lo sospecho, y puede haber sido una mina de pólvora.

—Quizá el eslavo haya hecho volar algo con dinamita.

—No estoy seguro.

—¡Valiente granuja. ¿Y con qué objeto? ¿Para hundir la caverna y sepultarnos?

—O por cualquier otro motivo.

—¿Qué queréis decir, doctor?

—El río ya no corre detrás de nosotros.

—Sin embargo, oigo aún el ruido del agua.

—Sí; pero más lejos.

—¿Qué teméis?

—No lo sé, pero no estoy tranquilo. ¿Oyes?

—¿Agua que se precipita?

—Sí.

—¿Se habrá formado alguna cascada?

—Algo tiene que haber pasado en la corriente del río; quizá los desprendimientos que ha causado la explosión han obstruido el cauce.

—¿Correremos el peligro de ser anegados?

—¡Miguel!... ¡Roberto!

—¡Doctor!

—¡Las lámparas en seguida!

—¡Ya las hemos encontrado!

—¡Pues encendedlas!

Un estruendo ensordecedor hacía repetir mil ecos en la caverna. Parecía como si una enorme masa de agua se fuese precipitando en el interior de la mina con tremendo ímpetu, arrastrando consigo bloques de carbón en loca carrera.

El doctor y Vicente se lanzaron adelante. Las dos lámparas habían sido encendidas, pero brillaban muy lejos la una de la otra.

(Continuará en el número próximo.)

Para ser suscriptor a PINOCHO sólo hace falta escribir a la Administración enviando el importe de un año (20 pesetas), o de un semestre (10 pesetas), o de un trimestre (5 pesetas).





# BÁSİM EL HERRERO Y HARÚN ARRASID

## CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

—¿Qué te sucede, señor —le dijo con disimulo el Califa—, que tanto te apena?

—Que he cocido —contestó el hombre— dos libras de carnero y he traído seis panes blancos, y no sé quién se los ha comido. ¡Seguramente habéis sido vosotros!

—¿Cómo crees posible —replicó el Califa— que nosotros, tus huéspedes, nos hayamos comido tu cena sin tu permiso? Además, que nosotros no hemos hecho más que llegar aquí. ¿Hubiéramos tenido tiempo de comernos todo esto?

—Es verdad —confesó el hombre—. Pero ¿quién será el que me ha hecho esta mala partida y me ha puesto en ridículo ante vosotros? Vive Dios, que si supiera quién se ha comido la carne y el pan, lo había de calentar con la estaca hasta arrancarle la piel.

—Ya salió lo que yo me temía —dijo Cháfar para sus adentros—. ¡Dios piadoso, ten compasión de nosotros en esta noche, y libranos de este hombre tan violento!

—No te enfades, hermano —le dijo el Califa—. El que se ha comido tu cena, sin duda se ha comido la parte que la Providencia le destinaba.

—Llevas razón —replicó el hombre, tranquilizándose—; pero yo he quedado mal con vosotros, ¿qué os daré yo de comer ahora?

—Hemos cenado hace ya rato —le dijeron los tres—, y no tenemos hambre.

—Bien, bien —contestó el de la casa—; pero yo quería saber quién me ha hecho esta jugarreta, para vengarme del alcahuete que sea y corregirlo de acciones semejantes.

—Nosotros —les dijo el Califa— somos tres astrólogos muy perspicaces. Espera un momento que consulte a los astros y vea quien ha cometido contigo tan villana acción.

—Consulta, consulta; que sepa yo lo sucedido —exclamó el hombre muy esperanzado.

El Califa inclinó la cabeza y se quedó mirando fijamente a la tierra.

Tomó un palillo como un mondadientes y con él empezó a trazar rayas en el suelo. Hacía cálculos, reflexionaba y restaban de los números, diciendo: «Queda tanto», y al cabo de un rato, levantó la cabeza y dijo al dueño de la casa:

—Lo que te ha pasado es un honor para ti. ¿Sabes quién se ha comido tu cena?

—¿Quién? —preguntó el hombre.

—Has de saber —contestó cachazudamente el Califa— que han venido a tu casa tres genios rebeldes, de aquellos que se revolviéron contra Salomón, hijo de David, cuando aún vivía; él les hizo la guerra, pero, no pudiéndolos dominar, acabó por abandonarlos. La causa de venir ahora a tu domicilio es que aquí en tu casa vive un auxiliar de los genios, que ha estado enfermo y ya se ha puesto bien. Como estos tres genios y el que vive contigo tienen buenas relaciones de amistad, han venido aquéllos a felicitarlo por su curación, y como él debía darles hospitalidad, les ha servido el pan y la carne. Los genios se lo han comido, y, después de felicitarlo por su salud, se han marchado. ¡La fortuna se te ha entrado por las puertas!

—¡Que Dios no te bendiga a ti ni a ellos! —exclamó enfadado el dueño de la casa—. ¿Por dónde me va a venir la fortuna desde el momento en que los genios saben el camino de mi casa? Ya ha principiado a faltarme la suerte desde esta misma noche que se me han comido la cena y me han dejado pasar hambre.

—No los maldigas, querido —le dijo solícito el Califa—. Debes de temer su cólera, porque estos genios son reyes y si se enteran de tus blasfemias te causarán grandes perjuicios.

—¡Que Dios frustre tus esperanzas y las de ellos! —dijo el hombre, más enfadado cada vez—. Si logro echarles la vista encima, ten por seguro que los moleré a palos.

—Si tú los ves —le dijo tranquilamente el Califa— puedes hacer lo que mejor te parezca. Pero, a todo esto, amigo, ¿cómo te llamas y que oficio tienes?

—Yo —le contestó— me llamo Básım, «el Herrero», y tengo este oficio. Soplo con el fuelle en la fragua por cinco monedas de plata, que recibo diariamente de mi patrón. Compró dos libras de carne, por dos monedas; seis panes blancos, por una; *haxix*, por otra, y la restante la empleo en pimienta, azafrán, leña y aceite para la luz. Aquí vivo solo, sin mujer, ni familia, ni parientes. En mi vida ha venido a mi casa huésped alguno, excepto vosotros esta noche tan desagradable, que es como el cieno sobre vuestras cabezas. Sois de mal agüero, y vuestra llegada me ha hecho perder la cena; vuestros pies han traído encadenados los genios a mi casa. ¡Ojalá Dios no os hubiera permitido llegar hasta aquí, ni os hubiera cubierto con su protección!

Esta salida hizo reír estrepitosamente al Califa, y le causó mucha alegría.

—Básım —le preguntó el Califa—, ¿trabajas todos los días por estas cinco monedas de plata?

—Sí, ni más ni menos.

—¿Y siempre todos los días compras carne y lo demás?

—¡Ciertamente!

—¿Y no te queda nada de esta cantidad?

—Nada.

—¿Y si un día tu patrón no te da trabajo?

—¡Maldita canalla! ¿Es que no puedo comer yo en otra parte? Me voy a trabajar a casa de otro hasta que mi patrón viene a buscarme, y vuelvo con él.

—Puesto que así lo haces, bien está.

Y el sultán empezó a decirle chistes y bromas, contestando con viveza a sus frases y dichos, riéndose de él y admirando su ingenio y agudeza en las respuestas.

Entretanto, Básım trajo la cazuela con el *haxix* y empezó a amasarlo y a hacer bolas, que se metía en el horno de su garganta y que se tragaba con avidez, abriendo los ojos desencajadamente. Así se comió casi la mitad del contenido de la fuente. Amasó después una bola que pesaba lo menos tres onzas, y se la presentó al Califa, diciéndole:

—¡Toma, oh, mi huésped; come!

—No, cómetela tú —le contestó el sultán—; esto es muy poco y no me basta. Lo que repartido entre muchos no hace nada, es mejor que se le dé a uno solo.

—Llevas razón —dijo Básım—, y se tragó la bola y se puso a bromear y charlar sin freno ni vergüenza. El Califa, Cháfar y Mesrur se divertían y se reían de él, y así lo pasaron muy alegremente hasta la media noche.

—Básım —le dijo el Califa—; yo soy capaz de formar tu horóscopo. Voy a hacerlo y consultar tus astros para ver si tu destino te augura felicidad o te amenaza con la miseria.

—Sí, por Dios —dijo el herrero—; consulta mi estrella y mira si me aguarda el bienestar y la consideración en mi vida, si tendré dinero, heredades, esclavos y esclavas, y si esta dicha durará largo tiempo o se acabará pronto.

El Califa tomó un palillo de madera con el cual trazó en el suelo rayas a lo largo y a lo ancho. Y empezó a calcular, diciendo: «A igual a uno; B igual a dos; C igual a tres; U igual a seis; R igual a doscientos. Resto tanto, y queda tanto».

—¡Básım! —exclamó en seguida—. Tienes delante la felicidad. ¡Y qué felicidad! Mañana serás dueño de bienes sin cuento! Ojalá puedas gozar de todo lo que Dios va a darte!

—¿Mañana? ¿Verdaderamente mañana seré feliz?

—¡Sin duda ninguna! Y Dios te aumentará sus beneficios.

—Quiera Dios, oh, derviche —exclamó Básım— que se cumpla tu predicción.

(Continuará en el número próximo.)

Los suscritores a PINOCHO tienen derecho a que se publique su retrato en la revista. Véanse las condiciones en este mismo número.



# EL FALSO CALIFA

## CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

Se cuenta del Califa Harún Arraxid que, habiendo sufrido cierta noche un pertinaz insomnio, dijo a su visir Cháfar el Barmequí:

—Estoy muy disgustado y deseo salir esta noche a distraerme discurrendo por las calles de Bagdad y a ver, de paso, en qué se ocupan mis súbditos; pero es condición que nos hemos de disfrazar con vestidos de comerciantes, a fin de que nadie nos conozca.

—Con el alma y la vida —contestó el visir.

Conforme lo pensaron lo hicieron, y despojándose de las ricas vestiduras que llevaban encima, se pusieron otras de comerciante. Y los tres, el Califa, el visir Cháfar, y Mesrur, el ejecutor de la justicia, salieron de palacio y empezaron a deambular por Bagdad, yendo de un sitio para otro, hasta que llegaron al Tigris, en cuya orilla encontraron un viejo sentado en su barca. Se dirigieron hacia él, y, después de saludarlo respetuosamente, le dijeron:

—Buen viejo, deseamos que tengas la bondad y la gentileza de pascarnos un rato en tu barca; aquí tienes un dinar por tu salario.

—¿Quién podrá divertirse aquí? —contestó el anciano—. El Sultán Harún Arraxid pasea todas las noches por el Tigris, embarcado en una lancha pequeña, y precedido de pregoneros que van gritando:

«¡Oh, gente, oh, pueblo de Bagdad, grandes y pequeños, nobles y plebeyos, niños y mozos: a todo el que ande por el Tigris embarcado, le cortaré el cuello, o lo mandaré ahorcar del palo de su lancha!» Al momento os encontraréis con él, pues su barca se aproxima.

Y el Califa y Cháfar le dijeron entonces:

—¡Oh, anciano!, toma estos dos dinares y ocúltanos en una bóveda de éstas hasta que pase la barca del Sultán.

—Traed el dinero —contestó el viejo— y pongamos la confianza en Dios (¡alto es y poderoso!)

Guardó las monedas de oro que le ofrecieron, y tomándolos en su embarcación, remó un poco; en seguida vieron una lancha que se acercaba desde el centro del Tigris, con faroles y antorchas encendidas.

—¿No os he dicho —les indicó el viejo— que el Califa venía por el río todas las noches?

A continuación el barquero exclamando: «¡Oh, Protector, no apartes de nosotros los velos de tu protección!»; los condujo a una bóveda, los cubrió con un manto negro y así ellos pudieron observar lo que pasaba.

En la proa de la barca iba un hombre con una antorcha de oro purísimo en la mano, en la cual quemaba áloe oloroso: vestía un traje con mangas de raso rojo; a un costado, llevaba un trozo de brocado de oro amarillo; a la cabeza, un turbante de muselina, y al otro costado, una bolsa de seda verde, llena de áloe oloroso, del cual iba echando en la antorcha en lugar de leña. En la popa de la embarcación iba otro hombre vestido como aquél y haciendo las mismas funciones con la antorcha. A izquierda y a derecha del interior de la barca había doscientos esclavos; en medio se veía colocado un trono de oro purísimo, sobre el cual se sentaba un joven de belleza esplendente, vestido con un traje negro con brocado de oro amarillo. Ante él estaba un hombre, como si fuera el visir Cháfar, y detrás, un esclavo negro, de pie, como si fuera Mesrur, con su sable en la mano; y alrededor, hasta veinte compañeros.

Al ver todo este aparato, el Califa exclamó:

—¡Oh, Cháfar!

—A tus órdenes, ¡oh Príncipe de los Creyentes!

—¿Será este mozo alguno de mis hijos, Almemúin o Alamín?

Y fijándose en el mancebo, sentado en su trono, observó que era de belleza y hermosuras perfectas, bien proporcionado y de regular estatura. Y otra vez se volvió al visir Cháfar, diciéndole:

—¡Por Dios, oh Cháfar, que el individuo que está sentado en el trono no ha olvidado ningún detalle de los honores que corresponden al Califato, y el que está en su presencia parece tú mismo, Cháfar; el negro que está de pie detrás de él es igual que Mesrur, y los compañeros que lleva son lo mismo que los míos! Mi razón se confunde en este asunto; estoy maravillado de lo que sucede, ¡oh Cháfar!

—Lo mismo me sucede a mí, ¡oh Príncipe de los Creyentes! —replicó el visir.

La barca misteriosa se alejó, desapareciendo de la vista, y entonces el viejo barquero salió de su escondite con la suya, exclamando.

—¡Gloria a Dios por nuestra salvación! Nadie nos ha encontrado.

—¡Anciano! —le preguntó Harún—. ¿Y todas las noches pasea el Califa por el Tigris?

Sí, señor —le respondió—; un año entero lleva haciendo esto.

—¡Buen viejo! —siguió diciendo el Sultán—, deseamos de tu amabilidad que nos esperes en este mismo sitio la noche próxima; te daremos cinco dinares. Somos forasteros y deseamos divertirnos: ahora estamos hospedados en el *fondac*.

—Yo estoy a vuestras órdenes —contestó humildemente el barquero.

\*\*\*



El Califa y sus dos acompañantes se dirigieron a palacio, donde se quitaron el disfraz de comerciantes, poniéndose sus propias vestiduras.

Cada cual se dedicó a su menester. Vinieron los emires, los visires, los ministros y los lugartenientes, y el Consejo se celebró. Cuando se acabó el día y la gente se dispersó, yendo cada cual por su camino, Harún dijo a su visir:

—Cháfar, vamos a divertirnos viendo al falso Califa.

Y entre risas y bromas de Cháfar y Mesrur se vistieron los tres de comerciantes, y saliendo por una puerta secreta atravesaron la ciudad, muertos de risa. Al llegar al Tigris, se encontraron con su viejo barquero, sentado, esperándolos ya. Embarcáronse con él en su lancha, y apenas se habían alejado un poco, vieron la embarcación del falso Califa que se les acercaba; fijáronse bien en ella

y observaron que los doscientos esclavos eran distintos de los de la noche anterior, y que los de las antorchas iban pregonando lo mismo.

—¡Cháfar! —exclamó Harún—. Esto es una cosa tan maravillosa que si alguien me lo hubiera contado, no lo hubiera creído; pero no me queda duda, lo estoy viendo con mis propios ojos.

Y dirigiéndose al barquero, en cuya lancha ellos iban, Harún le dijo:

—¡Oh buen viejo! Toma estos diez dinares y llévanos cerca de ellos. No nos verán, porque están en la luz y nosotros en la sombra; podemos observarlos y divertirnos sin que ellos se den cuenta.

Y el barquero, cogiendo las diez monedas de oro, llevó a los viajeros al sitio que le indicaron, bogando con su barca a la sombra de la embarcación del falso Califa, hasta llegar a los jardines. Entonces, y en un lugar vallado, ancló el navío del falso Califa; allí esperaban dos pajes, de pie, teniendo de la brida una mula ensillada; desembarcó el supuesto soberano, montó en la mula y empezó a caminar, rodeado de sus compañeros, precedidos de los que llevaban las antorchas y pregonaban, acompañado de todos los domésticos, que hacía cada uno su oficio cerca del fingido Califa.

Saltaron también a tierra Harún Arraxid, Cháfar y Mesrur y se mezclaron con los esclavos, llegando a ponerse delante de ellos;





pero miraron hacia atrás los de las antorchas y vieron a tres individuos vestidos con trajes de comerciantes, al parecer forasteros, y sin dejarles pasar adelante, a una señal los cogieron y los llevaron a presencia del falso Sultán. El cual, al verlos, exclamó indignado:

—¿Por qué habéis venido a este lugar y quién os ha traído a esta hora?

—Señor —le contestaron—, nosotros somos comerciantes forasteros; esta noche se nos ha ocurrido pasear un rato por el Tigris y, al veros, nos hemos reunido con vuestro grupo; algunos de tu séquito nos han cogido y nos han traído a tu presencia. Esto es todo lo que podemos contestaros.

No temáis —les dijo entonces el falso Califa—; nada os sucederá porque sois forasteros. Si fuérais de Bagdad, seguramente os haría cortar la cabeza.

Y volviéndose a su visir, le ordenó:

—Encárgate de estos señores; serán nuestros huéspedes esta noche.

—Siempre a tus órdenes, señor —respondió humildemente el visir.

Y la comitiva reanudó su marcha hasta llegar a un alcázar hermoso y grande, sólidamente construido, como no lo tenía el verdadero Califa, que se levantaba desde el suelo hasta las alas de las nubes. Su puerta era de madera de plátano, con adornos incrustados de oro brillante. Daba ella paso a un salón, en cuyo centro había una fuente y un *sadiruán* (1) lleno de alfombras, almohadones y cojines de brocado de seda, de colchonetes de telas finísimas. Por todos lados había cortinas para amortiguar la luz. El adorno de toda la casa era asombroso e imposible de describir. Sobre la puerta estaba grabada una inscripción con los siguientes versos:

Palacio feliz y tranquilo, a quien la fortuna ha dado toda su amabilidad.

En él hay maravillas y preciosidades por doquier; las plumas se quedarían perplejas si hubieran de describir las.

Entró el falso Califa con toda su comitiva al palacio y se sentó sobre un trono de oro con perlas incrustadas. A los pies del trono había una alfombra de seda amarilla. Colocáronse en su sitio los compañeros del Califa, y delante se puso el ejecutor de la justicia.

Y en seguida los criados extendieron los manteles y todos los reunidos empezaron a comer. Apenas hubieron terminado, los sirvientes retiraron los platos y los comensales se lavaron las manos. Llegaron los vinos; botellas y vasos empezaron a circular de mano en mano, hasta que tocó su turno al sultán Harún Arraxid. Reusó beber, y entonces el falso Califa preguntó a Cháfar:

—¿Qué le pasa a tu amigo, que no bebe?

—Señor —le contestó—, porque hace mucho tiempo que no bebe vinos.

—Tengo otro licor, además de éste, que será bueno para tu amigo: sidra.

En inmediatamente dió orden de que la trajeran, y apenas la tuvo, se la entregó a Harún, diciéndole:

—Cada vez que te llegue la vez, bebe de este licor.

Y siguieron tomando alegremente copa tras copa, hasta que la bebida se les subió a la cabeza y se apoderó de sus entendimientos.

Harún Arraxid decía a su visir Cháfar:

—¡Por Dios, que nosotros no tenemos orgías como éstas! ¡Si yo conociera la historia de este joven...!

Y mientras los dos decían estas cosas en secreto, el falso Califa

se fijó en ellos y los vió cuchicheando y, encarándose con ellos, les dijo con insolencia:

—¡El cuchichear es una grosería!

—No se ha cometido aquí grosería alguna, sino que mi compañero me estaba diciendo: «Ciertamente que yo he viajado por muchas comarcas, he bebido con los más altos reyes y he acompañado a los más insignes militares; nunca he visto nada superior a la orgía de esta noche ni he pasado rato tan alegre como éste; solo que la gente de Bagdad dice, con razón, que la bebida con música produce, a veces, dolor de cabeza.»

Al oír estas palabras el falso Califa, se sonrió y se puso alegre. Tocó en un cojín redondo con un bastón que llevaba en la mano, y de repente se abrió la puerta y apareció por ella un esclavo que traía un trono de marfil, ribeteado con oro brillante; siguiéndolo venía una esclava de sorprendente belleza y hermosura, de elegancia y gracia consumadas. Colocó el siervo la silla y en ella se sentó la esclava, hermosa y esplendente como el sol en el cielo claro; en sus manos tenía un laúd, obra de artistas indios, y, poniéndolo en su halda, lo mecía como una madre pudiera hacer con su hijo. Cantó con emoción, ejecutando por las veinticuatro maneras, hasta llegar a causar la admiración de sus oyentes; luego, volviendo a empezar por la primera, cantó con alegría y recitó versos sentidos y sinceros.

Al oír el falso Califa estos versos, lanzó un grito estentóreo y rasgó las vestiduras hasta la orla; cubriéronlo sus criados con una cortina y en seguida le trajeron otro vestido, más espléndido todavía que el primero.

Sentóse de nuevo, y cuando llegó a su mano la copa, volvió a tocar con su bastón en el cojín redondo, y otra vez se abrió la puerta, apareciendo otro esclavo con otro trono de oro, y detrás una esclava, más bella si cabe que la primera y con un laúd que hubiera sido capaz de alegrar el corazón de un envidioso. Cantó, entre otros versos, éste:

Por Alá, que la vida no tiene dulzura para alegrarme:  
¿Cómo podrá ser feliz un corazón lleno de sufrimientos?

Apenas oyó el joven estos versos, volvió a gritar con toda su fuerza y a rasgarse sus vestiduras; pasado un rato y vestido con otras, se tranquilizó y volvió a charlar con los convidados. Y cuando le llegó su turno de beber, tocó en el cojín con el bastón y otra vez volvió a salir otra esclava con su laúd, que tocó y cantó

como las otras dos. Esto se repitió hasta cuatro veces, y otras tantas el fingido Califa se enfureció y rasgó sus vestidos. En la última, como no corrieran las cuerdas de la cortina con que intentaban cubrirlo, el Sultán, Harún Arraxid, se fijó en el cuerpo del joven y notó en sus carnes las huellas de los azotes; y después de mirarlo detenidamente y de cerciorarse, dijo a su visir:

—Cháfar, este joven es un buen mozo, pero a la vez un perfecto bandido.

—¿En qué lo has conocido, oh Príncipe de los Creyentes?

—¿No te has fijado en que sus espaldas muestran aún las huellas de los azotes?

Mientras tanto los criados del falso Califa habían logrado desatar la cortina y se la echaron por encima, hasta que le trajeron un vestido nuevo; él volvió a sentarse entre sus compañeros, como si nada hubiera sucedido. Volvió la cabeza y notó que Harún y Cháfar estaban hablando secretamente, y les gritó:

(Continuará en el número próximo.)



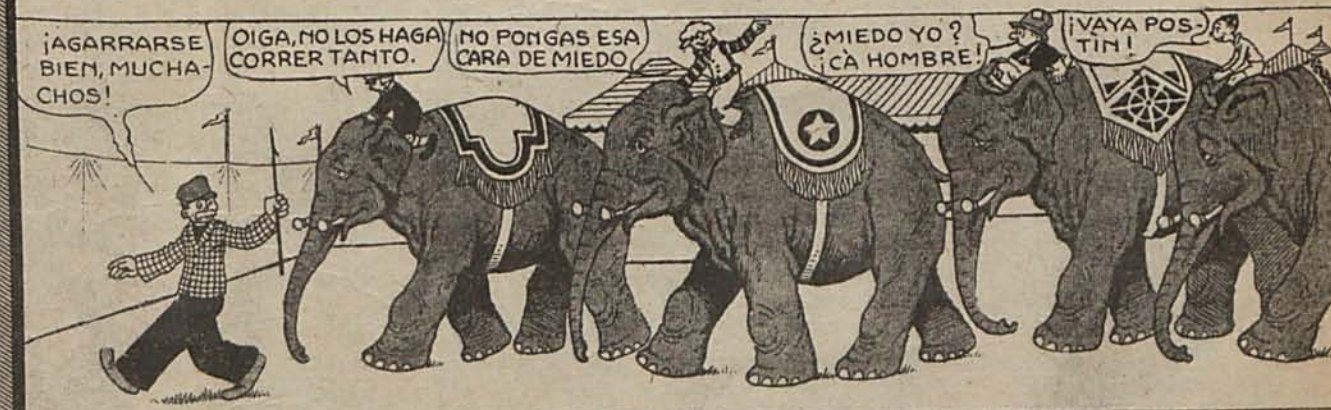
(1) Palabra persa que se aplica a un surtidor de agua con piezas de cristal que sue-  
nan con el movimiento del agua.

**Por decisión del GRAN CONSEJO PINOCHISTA sólo pueden colaborar en PINOCHO sus suscritores por un año (20 pesetas), o un semestre (10 pesetas), o un trimestre (5 pesetas).**



¡VAMOS, VEN AQUÍ Y DÁ LA CARA COMO UN HOMBRE!

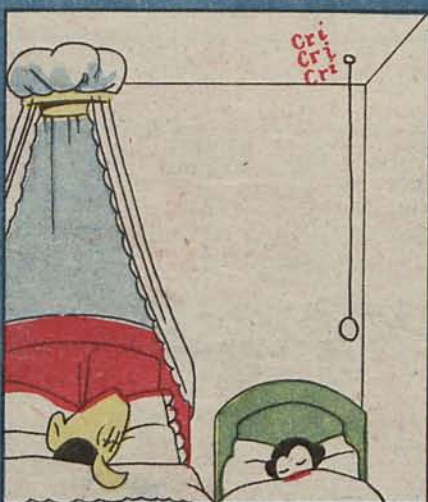
# COLORÍN Y SU PANDILLA







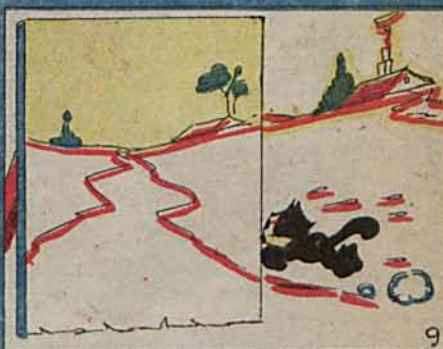
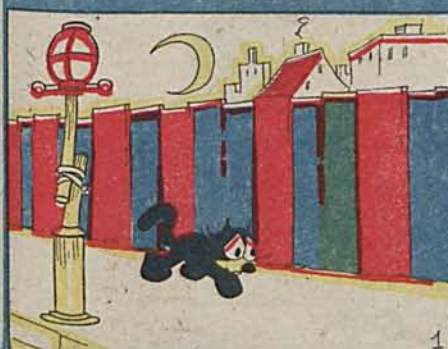
# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO







# DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.





ESPERATE AQUÍ HASTA QUE DON CANUTO SE ATE EL ZAPATO.

¡AHORA LE TOCA saltar A USTED, DON CANUTO.

# POTIPÁN Y CAÑAMÓN





# EL TEATRO DE PINOCHO

## LA ROSA MARINA DE LA PRINCESA DE LA CHINA

(CUENTO ORIENTAL EN CUADROS)

(Conclusión.)

- E. A.-D. Has partido tu reino con un brujo que ha hecho ya el maleficio sobre tu cabeza. ¿Cómo una rosa va a curar la vista con solo olerla?
- REY. Cuando el médico Ibn-Sina dijo que ese era el remedio, corristeis los dos en busca de la rosa. Si alguno de vosotros la hubiera traído, como en ello pusistéis vuestro empeño, no dudaríais ahora de la virtud de la rosa. Es el despecho y la envidia quien os dicta tan torpe acusación. Sobre nosotros todos, sobre todas las fuerzas de la Naturaleza, sobre todas las leyes, sobre toda razón, está Aláh, el Altísimo, que puede poner la curación de todos los mortales en el corazón de una rosa. Alejaos de mí, hermanos rencorosos, y sólo volved cuando la envidia no tenga cabida en vuestro pecho. *(Salen los dos príncipes.)* Y tú, Nurgihán, hijo mío querido, ¿por qué desde tu vuelta tienes tan triste el rostro? ¿Qué melancolía anida en tu espíritu?
- NURGIH. Nada es, padre.
- EL VISIR. Señor. Un guerrero extranjero, vestido con negra armadura, cerrada la visera de su casco, desea entrar a la presencia de vuestro hijo Nurgihán.
- REY. Gustoso soy de recibir en mi palacio a ese guerrero extraño. Las puertas de mi palacio están abiertas en estos días para los extranjeros.
- (Sale el visir y vuelve acompañado de la princesa Cara de Lirio, vestida de guerrero con armadura negra y cubierta la cara con el casco. Entran con ella sus tres esclavas, vestidas como en el cuadro anterior.)*
- VISIR. El caballero de la armadura negra llega, oh rey, a tu presencia.
- REY. Sea bien venido y únase al regocijo de mi ciudad.
- C. DE L. El cielo te guarde, oh rey Zein El-Umluk. Mucho agradezco tu acogida y el honor de ser recibido en tu propio palacio.
- REY. Ahora, ya puedes descubrir tu rostro, valeroso joven. Estás entre amigos. Todos mis vasallos lo son desde hoy. Acoge así, pues, nuestra hospitalidad.
- C. DE L. Yo bien quisiera, oh bondadoso rey, obedecerte. Pero no me es posible ni un solo momento descubrir mi rostro, hasta haber cumplido con la misión que a tu ciudad me trae.
- REY. Dime qué misión es esa. Yo pondré de mi parte todo lo posible para que pronto puedas conseguirla.
- C. DE L. La misión que me trae es bien triste decirla. Siento tener que responder así a la benevolencia de tu acogida.
- REY. ¿Cuál es?
- C. DE L. Traigo orden de mi señor el rey de la China de retar a un singular combate a tu hijo Nurgihán.
- REY. ¿A mi hijo?
- C. DE L. Sí; pues él ha sido quien robó la rosa marina de los jardines de la princesa Cara de Lirio.
- REY. Bien sabrás, guerrero, que sólo robó para procurarme la curación.
- C. DE L. Pero la rosa marina no ha sido devuelta a su estanque. Mi rey me manda a pelear por ella. Concédeme, pues, la gracia de cumplir la promesa que hice a mi rey, y de probar mi lanza con la de tu hijo Nurgihán.
- REY. Triste suceso viene a turbar la alegría de todos; pero yo no puedo negarme. Consiento en ese combate. Mi hijo no teme a luchar contra ti. De este modo, si vences, si lo dejas herido sobre la arena, tuya será la rosa y podrás llevarla a tu reino y a tu princesa. Pero piensa que en esta lucha puedes ser tú quien pierda la vida.
- C. DE L. No he de pensar en eso, pues el guerrero, en cada hora, pone su vida al servicio de su rey.
- REY. Prudente eres como valeroso. Con dolor he de acceder a que uno de los dos riegue con su sangre mi campo de fiestas. Tuyo ha sido el reto, y a mi hijo solo queda el recogerlo.
- C. DE L. ¿Dónde está tu hijo Nurgihán?
- REY. Este es.
- C. DE L. ¡Ah!
- REY. ¿Por qué callas, mi hijo? Di a este guerrero que estás pronto a acudir a la lucha a que has sido emplazado.
- NURGIH. No, padre mío. Yo no acepto ese reto.
- C. DE L. ¿Eh?
- REY. ¿Qué es lo que dices?
- NURGIH. No quiero combatir con este caballero que viene en nombre de la princesa Cara de Lirio. Por mi misma mano entregaré la rosa marina, para que por él sea devuelta a su hermosa dueña.
- REY. ¿Es cierto lo que oyen mis oídos? ¿Cómo puedes negarte de ese modo al desafío? Las reglas de torneo prohíben a los nobles, bajo pérdida de su honor, negarse a combatir cuando un extranjero los reta a justa de lanza. Tú no puedes si eres hijo mío y príncipe de mi reino devolver humildemente esa rosa que con valor y arrogancia se te viene a pedir. ¿Es por miedo, acaso? Me resisto a creer tal de ti. Dime que no es verdad lo que he oído.
- C. DE L. *(Aparte.)* ¿Qué es lo que me sucede? Apenas puedo sostenerme en pie.
- NURGIH. Lo que has oído, padre, son las palabras de mi corazón. A nada temo. Lucharé con cincuenta enemigos, si quieres. Casi me es querida y ansiada la muerte. Pero no me pidas lo que mi espíritu se resiste a cumplir. Tú, valiente caballero del país de la China, devuelve la rosa a tu rey y dile que yo he de llegar, otra vez, a la puerta de su palacio por la rosa más bella del jardín..., por tu princesa Cara de Lirio, cuya hermosura está clavada en mi mente y por eso sólo late mi corazón. Lleva la rosa, guerrero. Sea tu caballo veloz como el viento, y lleva estas palabras a la que tanto amo...
- C. DE L. ¿Cómo sabrá la princesa conocerte?
- NURGIH. Esta sortija suya de esmeraldas puse en mi dedo y yo, en el suyo...
- C. DE L. Esta de rubíes.
- NURGIH. ¿Cómo es posible? ¿Por qué traes tú en tus dedos la sortija que, como prenda de mi amor, deposité en su dedo mientras dormía? ¿Es que acaso ella te manda que me la devuelvas? ¡Ya no hay esperanza para mí en la tierra!
- C. DE L. No, príncipe Nurgihán. No es eso. La princesa Cara de Lirio quiere corresponder a tu amor, quiere ser tuya desde que te ha visto.
- NURGIH. ¿Cuándo me ha visto? ¿Por qué no ha venido contigo? ¿Dónde está?
- C. DE L. *(Bajo al príncipe.)* Yo soy. Espera. He de quitarme esta armadura... *(Sale.)*
- NURGIH. ¡Oh, la más hermosa que la mañana! ¡Ojos de color de cielo! A tu paso nacen las flores... Padre, padre mío. Soy el hombre más feliz de la tierra... Te pido licencia para casarme con la princesa de la China.
- REY. Y yo, de buen grado, la concedo. Pero, ¿dónde está la princesa? ¿Dónde está el valiente guerrero de la armadura negra?
- NURGIH. El valiente guerrero de la armadura negra no existe. La que está por encima de todas las bellas, la que es envidia de las estrellas mismas. La que tiene perlas por dientes y rubíes por labios y un rayo de luna en la sonrisa, la que es la dueña de mi corazón... está aquí.
- (Aparece la princesa ricamente ataviada, con las tres esclavas vestidas de mujer.)*
- REY. ¡Llor a Aláh que hace florecer las rosas y unirse los corazones!

TELÓN

FIN DEL CUENTO

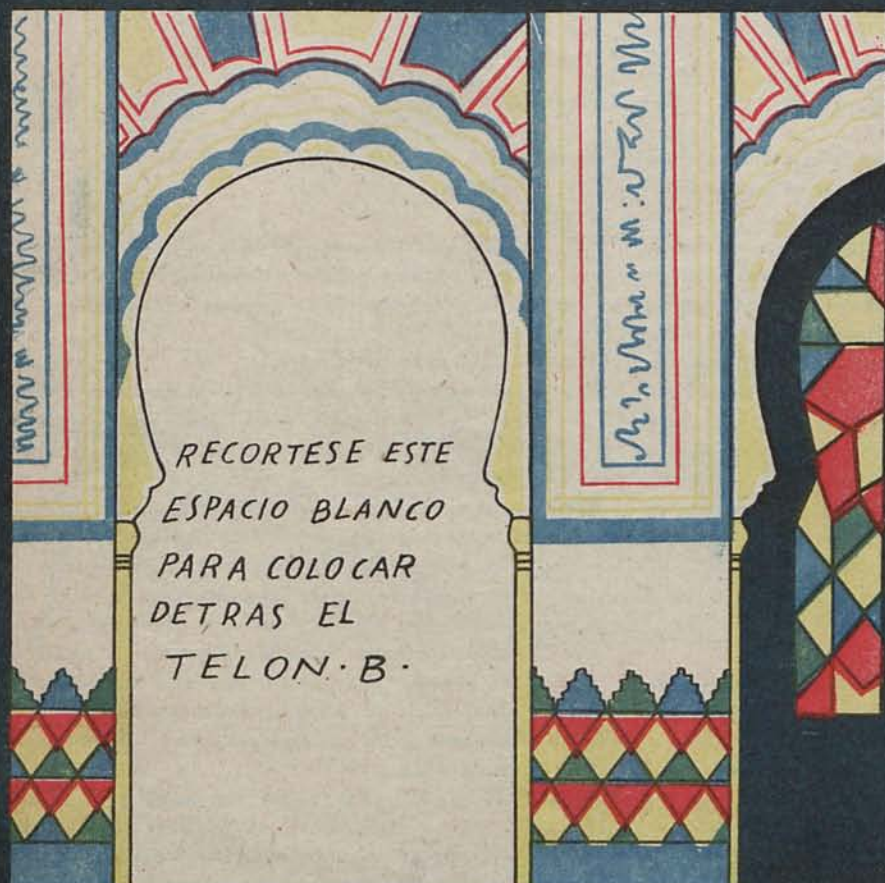


LA ROSA MARINA

ACTO 1º

CUADRO 3º

3



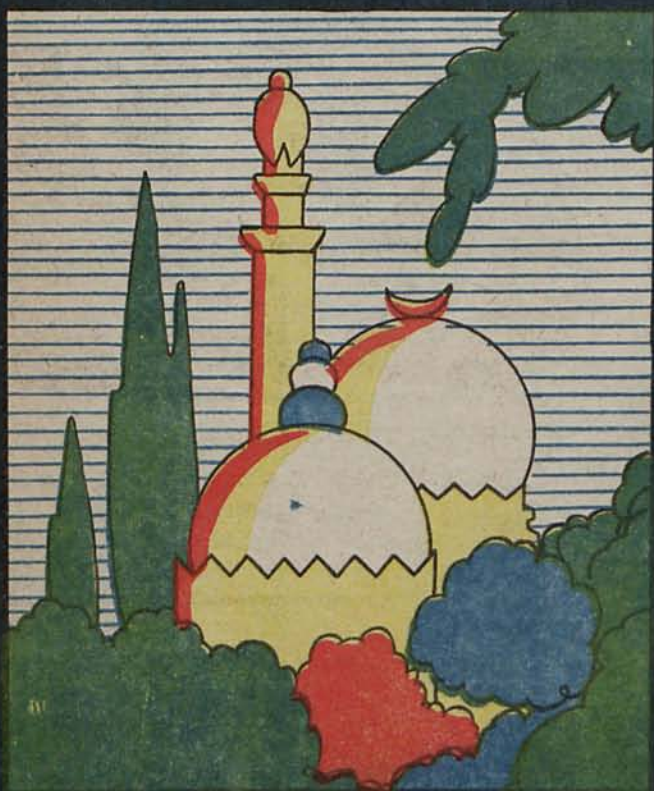
LA ROSA MARINA

ACTO 1º

CUADRO 3º

TELON-B.

4



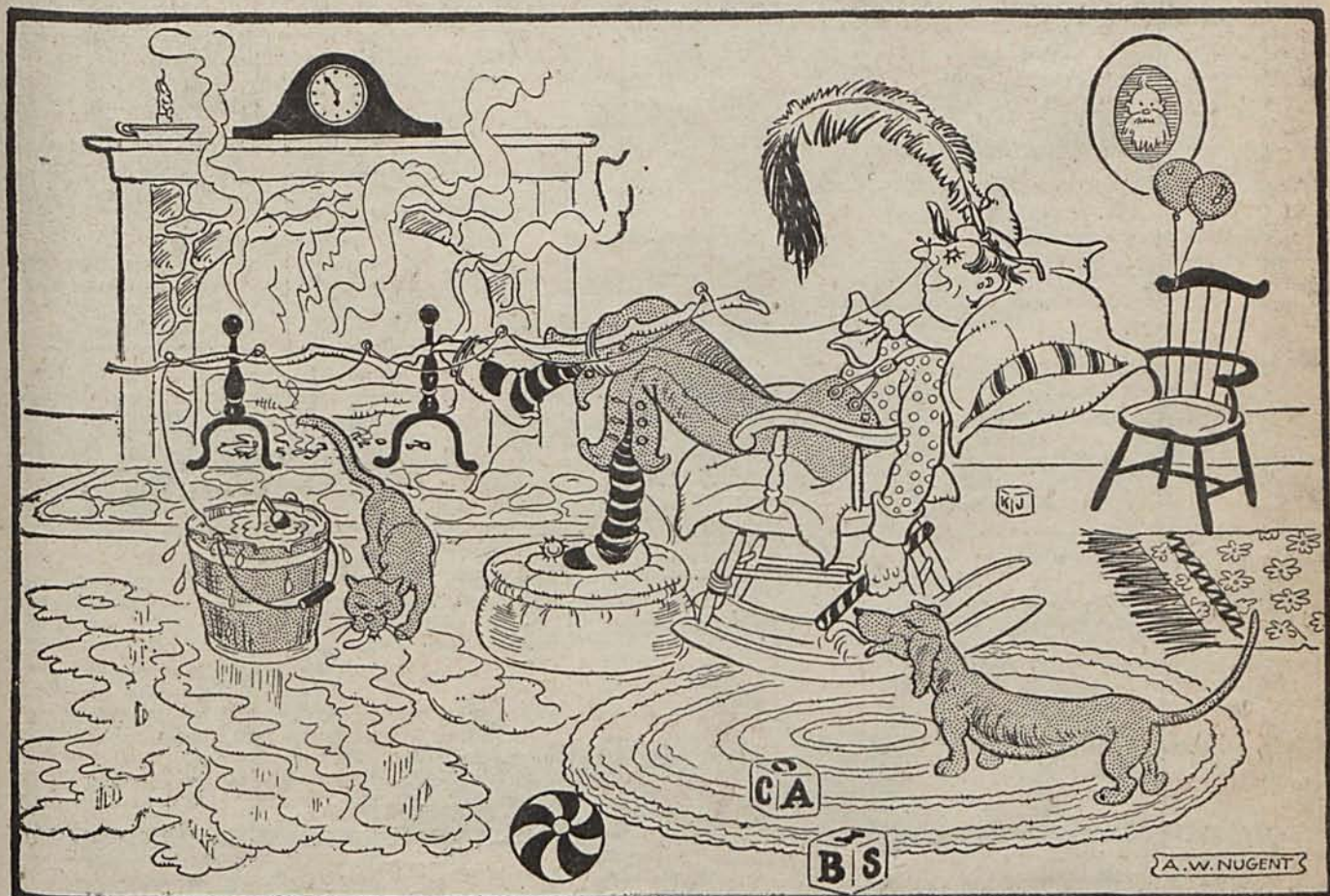
Principe SETT-EL-ARAB en el  
Acto 2º Cuadro 4º





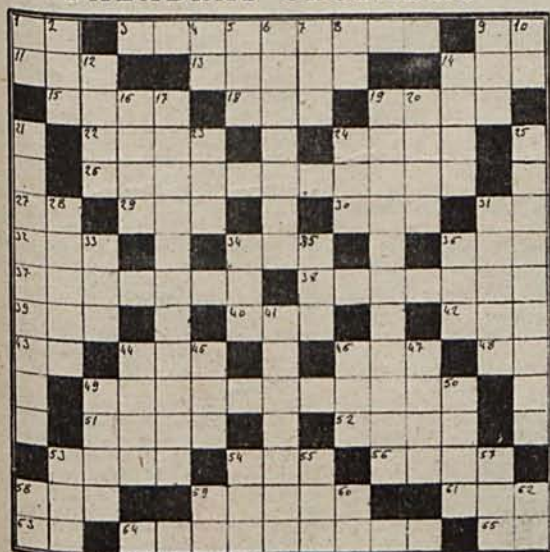
# CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

PERICO EL TONTO



Este que aquí veis es Perico llamado el «Tonto» porque en su vida no hacía nada más que tonterías. Vedle tumbado a la bartola tocado con una enorme pluma en la cabeza y pescando en un cubo con la caña atada a una pierna. Esto lo hace para aprovechar la postura de vago que es. Su abuelita y sus dos hermanos están ocultos en la habitación, avergonzados de tener en su familia un niño tan simple. ¿Dónde se hallan?

## PALABRAS CRUZADAS



### INDICACIONES

#### HORIZONTALES

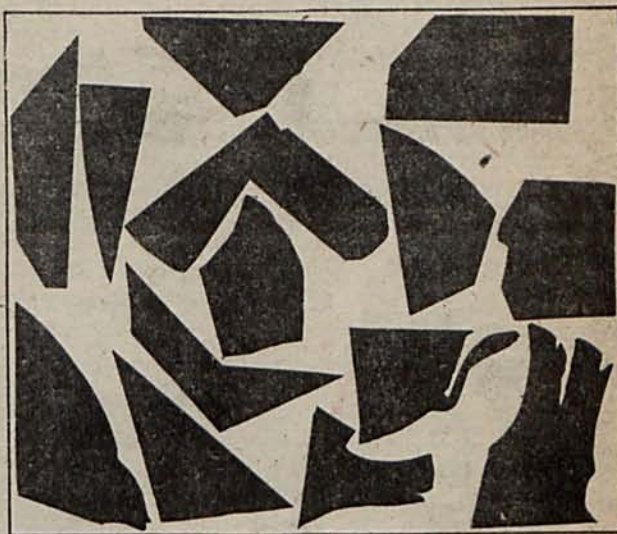
1. Prefijo.—3. Insecto díptero.—9. Negación.—11. Earedo.—13. Pueblo de Navarra.—14. Perro.—15. Arma antigua.—18. Río español.—19. Querido.—22. Elemento.—24. Ras.—26. Lugar de experiencias.—27. Tiempo de verbo.—29. Río de Europa.—30. Flor.—31. Arbol del Senegal.—32. Iglesia famosa.—34. Legumbre.—36. Especie de mirto.—37. Grasienta.—38. Votante.—39. Entregar.—40. Artículo.—42. Tiempo de verbo.—43. Pronombre personal.—44. Energía, vigor.—46. Prenda de cabeza.—48. Nombre de varios ríos.—49. Presuntos cristianos.—51. Parte de ave.—52. Plan, noción.—53. Letras.—54. Juguete.—56. Pueblo de Navarra.—58. Tiempo de verbo.—59. Aderezo.—61. Poesía.—63. Letra.—64. Tiempo de verbo.—65. Preposición.

#### VERTICALES

1. Contracción.—2. Tiempo.—4. Artículo.—5. Tiempo.—6. Planta perenne.—7. Nombre de varón.—8. Preposición.—9. Barco.—10. Prefijo.—12. Adorno.—14. Tiempo de verbo.—16. Remar para atrás.—17. Pólipos del Mediterráneo.—19. Tiene cara ancha.—20. Buey famoso.—21. Máquina de fresas.—23. El tiempo, la eternidad.—24. Lista.—25. Habitante de una región.—28. Telas.—31. Tiempo de verbo.—33. Sentido corporal.—34. Piedra.—35. Dativo.—36. Tiempo de verbo.—41. Fastidiar, cansar.—44. Tiempo de verbo.—45. Planta purgante.—46. Tiempo de verbo.—47. Grosero.—49. Bebida agradable.—50. Animal.—53. Letra.—54. Cerveza inglesa.—55. Condesa de Castilla.—57. Sufijo pasional.—58. Imperativo.—59. Prefijo.—60. Naípe.—62. Prefijo.

## ¿QUE ANIMAL ES ESTE?

Con estas piezas, perfectamente recortadas y unidas, tenéis que formar un animalito muy conocido y muy sabroso. No os digo cuál es para que trabajéis un poco más.



## CUPON DE SOLUCIONES DEL MES DE MAYO

### ENVIO DEL PINOCHISTA

D. \_\_\_\_\_

calle de \_\_\_\_\_

núm. \_\_\_\_\_ Pueblo \_\_\_\_\_

Provincia \_\_\_\_\_



# COLABORACION PINOCHISTA

## DIBUJOS



—¿Dónde vas con ese «auto» tan bonito?  
—Pues a poner de luto a mi familia.

DANIEL EJIDO  
Siete años. Madrid.



Yo, examinándome de  
Geografía.  
SIMÓN MATOS.  
Catorce años. Medina del  
Campo.



Un ataque nocturno.

JUANA LUISA CASO  
Trece años. Tortosa.



Hormigas comiéndose a una cucaracha  
criolla.

ROGELIO PÉREZ.  
Seis años. Venezuela.



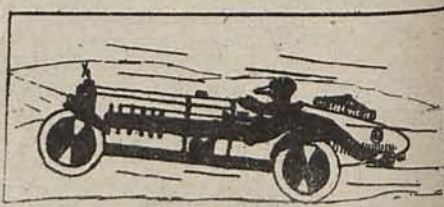
Chapete, futbolista  
ALFONSO MARTÍNEZ  
Nueve años. Buenos Aires.



Un matador.  
VÍCTOR MARTÍ-  
NEZ. — Once  
años. La Mag-  
dalena (León).



Un busto de Pirula.  
MERCEDES REY.  
La Habana.



Un «auto» de carreras.

CÉSAR MARTÍNEZ.  
Doce años. Madrid.



Un fumador, por  
CUCMITA.



Mi amigo Luis.  
E. G.  
Ocho años. Zaragoza.



Una carrera

HECTOR DE BUEN.  
Siete años. Madrid.



Un gallo.  
LUIS GÓMEZ.  
Diez años. Lare-  
do.



Mi perro favorito.  
PAQUITO BULLIDO  
Siete años. Zaragoza.



Mi amiga Pi-  
rula.  
CONCHA SAN-  
DOU. — Once  
años. Bilbao.



Adelaida.  
E. V. ROCA.  
Trece años.  
Buenos Aires.



Chapete robando  
brevas.  
RAFAEL GIMÉNEZ.  
Siete años. Ma-  
drid.



Yo, en el baño.  
CARMENCITA TELLO.  
Siete años. Madrid.



Niño bañán-  
dose.  
LUIS LOREN-  
ZO. — Catorce  
años. Riba-  
deo (Lugo).



Un conejito.  
GONZALO ZABALETA.  
Siete años. Madrid.



Una pareja.  
ANTONIA TEXI-  
DOR. — Nueve  
años. Barcelona.



Un clown.  
FERNANDO PAR-  
DO. — Seis años.  
Santander.



Un sentenciado a muerte.  
ISIDRO GARCÍA.  
Trece años. Avilés.

### Chiste.



—¿Quién te ha herido en  
la cara?  
—El barbero.  
—¿Y no le has dado un  
golpe?  
—No, porque el barbero  
era yo.

ÁNGEL DEL SAVIO.

### LOS SUSCRITORES DE «PINOCHO»

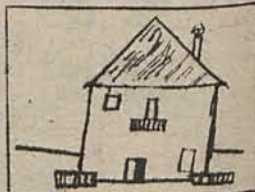
Todos los suscritores de PINOCHO son listos, todos son guapos y muchos son guapísimos. En esta galería de retratos podrá irse confirmando la verdad de las precedentes aseveraciones.



MARÍA DEL CARMEN Castellvi. Barcelona.  
Suscritora de PINOCHO



Tomasín García y Ruiz Capillas. Madrid.  
Suscriptor de PINOCHO



Una casa.  
JOSÉ GARCÍA.  
Diez años. Santander



Un futbolista.  
D. LLANO.  
Catorce años. Tenorife





# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—Hoy quisiera saber, amigo buho, cómo podríamos salvar a un ahogado, devolviéndole la respiración.

—De suma utilidad, mi querido discípulo, es el conocer lo que me preguntas. Hay varias maneras de conseguir la respiración de un individuo, en caso de muerte aparente. Todos los métodos conocidos hasta ahora son igualmente beneficiosos, pues todos ellos vienen a consistir en una manera mecánica, artificial, de obligar al ahogado —supuesto, probable difunto— a respirar.

—¿Y cuántos y cuáles son esos métodos?

—No pasan de cinco. Llevan los nombres de sus autores: Sylvester, Laborde, Howard, Marshall Hall y Schafer.

—¿Cómo podríamos salvar a un hombre por el método Sylvester?

—Muy sencillo, querido Chonón. Colocaremos al paciente en posición horizontal, boca arriba, procurando que los pies queden un poquito más altos que la cabeza. En tal postura el moribundo, nos arrodillaremos ante él, le cogeremos sus dos brazos, que echaremos hacia atrás y hacia adelante, alternativamente, buscando la manera de oprimir el pecho del paciente en uno de estos movimientos. Así inspirará y expirará aquél el aire quince veces por minuto. La misma opresión que hagamos en el pecho del paciente ha de ser bastante enérgica, sin que llegue, por otra parte, a la brutalidad. Si son dos los individuos encargados de esta operación, convendría que uno de ellos, mientras el otro mueve los brazos del enfermo en el sentido indicado, abriera la boca del asfixiado, sacándole la lengua lo más fuera posible para facilitarle aún más la respiración. También, si hubiera ocasión de ello, es de gran utilidad aplicar a la nariz del ahogado sales olorosas o rapé.

—¿Y así puede salvarse?

—Si se ha llegado a tiempo, y la operación se efectúa bien, rápidamente, sin duda alguna que se salva.

—¿Y en qué consiste el método de Howard?

—Ya verás, Chonón. Se coloca al paciente boca abajo, de forma que su pecho descansa sobre una almohadilla o, en su defecto, so-

bre una prenda cualquiera. Oprimiremos luego, gradualmente, con fuerza, la espalda del asfixiado, y de esta forma le obligaremos a expulsar toda el agua que haya tragado el infeliz. Luego, sin perder un momento, volveremos al paciente boca arriba y colocaremos nuestras manos sobre su pecho para oprimir éste paulatinamente, a intervalos cortos. Oprimiendo así, diez veces por minuto, el éxito coronará nuestros esfuerzos, al cabo de una hora.

—¿No me decías que había otros métodos?

—Los hay. Ahí está el de Marshall Hall. Este exige colocar al paciente, primeramente, boca abajo. Después, haremos girar el cuerpo, con lentitud, hasta ponerlo de lado, para volver a colocarlo —ahora con fuerza— en su actitud primera. Este movimiento ha de repetirse quince veces por minuto.

—Y el paciente...

—Recobrará, sin duda, su respiración normal, natural. Ahora que para efectuar este método de Marshall Hall se precisa dos personas. Una, que ha de sostener la cabeza del enfermo, y otra, que ha de hacer girar el cuerpo del mismo.

—Hay otro método, según me has dicho, amigo buho.

—El método Schafer. Bastará colocar al paciente boca abajo, con la cabeza vuelta, a fin de facilitarle la respiración. Un individuo, el salvador, oprimirá repetidas veces la espalda del enfermo durante quince minutos.

—¿Y con eso basta?

—He de decirte, querido Chonón, que estos métodos no se emplean solos. Es conveniente aplicarlos alternativamente con el ahogado. Así, del método Marshall Hall se pasa, a veces, al de Schafer, y de éste, al de Sylvester, alternando con el paciente cuantos procedimientos existen para hacerle respirar.

—Comprendido. Pero te has olvidado de decirme en qué consiste el método Laborde.

—No tiene interés en este caso. El método Laborde es recomendado, sobre todo, para los casos de insensibilidad, producida por una sacudida eléctrica.

## CORRESPONDENCIA

**Teodoro Gross Jessing.**—Querido Teodoro: Acabo de recibir tu barco de vapor y de vela, y he quedado encantado. Buenos viajes me daría, si tuviera tiempo para ello, en este admirable *Alfonso XIII*. Ya estamos, como quien dice, en verano, y Pirula y Morronguix no desaprovecharán la probabilidad de navegar que les proporciona tu obra. Conforme apriete el calor, a tu barco, y, dentro de tu barco, a ver mares.

(¿Tendré que decir que publicaré tu dibujo?)

**Santiago Ortega del Campo.**—No. El hecho de que no publiquemos cupón no quiere decir, como veo has creído, que puedes remitirme los trabajos sin requisito tan importante. He suprimido el cupón, es verdad, pero sólo por un poquito de tiempo. El suficiente para salir de tanta colaboración como tengo acumulada. Conforme vuelva a insertarse aquél en las páginas de PINOCHO, remítame, Santiago, cuantos trabajos quieras. Los publicaré. Harto tienes acreditados tu talento, tu ingenio y tu gracia.

**Angelita Soto Cantalapiedra.**—¡Magnífica! ¡Qué carta la tuya, Angelita! Un acontecimiento para esta Redacción, una alegría para Pirula, un regalo para Anita, la mayor felicidad para Morronguix, Currinche, Don Turulato, Cañamón... Mándame esos trabajos que me prometes. Aguarda un poquito para que puedas remitirlos con sus cupones de colaboración, que volveremos a insertar dentro de poco.

[Adiós, adiós, Angelita!]

**Carmen Urrutia.**—Con un cupón, mi simpatísima Carmen ¡cuántas cosas interesantes me remites! Un cuento, un chiste, otro chiste... Publicaré el más gracioso de éstos. ¿Adivinas cuál es?

**Leonor Velasco, Paulino Velasco.**—¡Olé la navegación española! ¡Vivan los barcos que me remitis esta vez! Saldrán, fondearán en aguas de PINOCHO.

**Teresa Bennasser.**—¡Qué lástima! ¡En colores! Un dibujo tan bonito, unos chistes tan deliciosos. ¡Y en colores! Es decir, impublicables.

Para otra ocasión, no olvides este revés de la fortuna. Siempre, mi simpática Teresa, siempre, cuando se trate de dibujos, remítelos a tinta, a tinta negra. Una niña como tú, tan hábil, tan inteligente, no debe olvidar este precepto.

Un abrazo de Pirula, otro de Anita. Y múltiples saludos de los demás amigos y compañeros.

**A. Prado Mantilla.**—Contesto a tu carta lo más pronto que me es posible. Por el pronto, no me remitas esas crónicas deportivas de que me hablas, pues por ahora, por razones que te explicaré más adelante, suprimo la página deportiva. Más adelante —ya te avisaré— me mandará esa reseña de partido.

**Vicente Benlloch.**—Viene tu dibujo a lápiz... ¡Tinta negra, querido Vicente!

**Silvino Mampey.**—Querido Silvino: Supongo en tu poder el diploma que te correspondió, como mención de honor, por tu dibujo publicado en el número 51. Ya recibí tus nuevos trabajos, verdaderamente estupendos, acompañados de los de tus hermanos, y no tendré de qué desahucarme en elogios. Bien, muy bien. Siempre tendrás en mí, y en mis amigos, servidores incondicionales.

Un abrazo de Pirula, la lista; otro de Anita, la del buen corazón, y otros muchos más de los demás compañeros.

**Rafael Cerdá Bonmati.**—Las soluciones de los problemas me las remitirás mensualmente, acompañadas de su cupón, que también publico al finalizar cada serie. El número de tu suscripción, puesto que me lo pides, es: 331.

**Ester Díez.**—Queridísima Ester: Hoy he recibido tu simpática carta, la cual ha sido leída, con sumo gusto, por Pirula, y hoy mismo te contesto. Los problemas están admirablemente resueltos. Envíame cuantas cosas quieras, mi queridísima Ester. Eres, sin disputa, una chica encantadora, listísima, humorística, hasta dejárselo de sobra. ¡Qué gracias tus chistes! Los publicaré, con gran satisfacción por mi parte, conforme les llegue su turno. En cuanto a la suscripción, que te reportará grandes, extraordinarios beneficios, vale tres dólares, traduciendo las pesetas a la moneda de tu lindo país.

Anita, Pirula, Don Turulato, Currinche, Potipán, Cañamón, Morronguix, etc., etc., me encargan sus más efusivos recuerdos. De mi parte, querida Ester, recibe un abrazo apretadísimo, cordial, de madera, de tu buen amigo de idem.

**Alvaro García de Pineda.**—Admirable don Alvaro... o la fuerza del talento: Recibo tu carta, llena de la más exquisita cortesía, y te contesto, como ves, inmediatamente. Para recibir el premio que te correspondió por tu chiste publicado en el número 51 de PINOCHO, bastará que me remitas 50 céntimos en sellos.

**Rosita Sarmiento, Anita Casariego.**—Muy bien vuestros chistes, que publicaré a la mayor brevedad posible, conforme les llegue su turno.

Mi enhorabuena y las de Pirula y Anita, vuestras amigas incondicionales.

**Humberto de Ron y Francos.**—Querido Humberto: He recibido tus 300 dibujos y tus 38 cuentos, acompañados, escoltados, por un solo y único cupón. Me gustaría evitar aquí, para ser conciso, los elogios que se merecen tus obras; pero no puedo por menos de decirte que tus trabajos son los mejores, los más perfectos que ha entrado en esta Redacción. ¡Y qué pena, querido Humberto, qué pena! Tus dibujos, tus cuentos, tus chistes, no podrán salir en PINOCHO, no podrán ser publicados. ¡Qué desgracia! ¿Motivos? Vienen con un sólo cupón tus trabajos, y ello es verdaderamente lamentable. Publicaré los que corresponden, y nada más. Para otra ocasión, ya sabes: un cupón por cada cuento, chiste, dibujo o historieta que me remitas.

Recuerdo de mis amigos —Pirula, Anita, Currinche, Don Turulato, etc., etc.— y un abrazo de mi parte, apretadísimo. ¡Adiós!

**Pilar Martínez Repullés.**—No basta, mi querida Pilar, que me remitas una sola solución —¡y sin cupón!— a destiempo. Es preciso que me mandes, a fin de mes, cuando concluya cada serie, junto el cupón de concursos, el mayor número de problemas solucionados. Ello es cosa que tú, con tu gran talento, puedes hacer sin la menor dificultad.

Así lo esperan tus más fieles amigas, Pirula y Anita, y tus mejores admiradores, Currinche, Don Turulato, Potipán, Cañamón, Morronguix...

**Antonio G. Solalinde.**—Tus dibujos están bien. ¿Digo bien? Insuperables, perfectos, acabadísimos. Pero vienen sin cupón... Y basta.

**Angel Mendoza.**—Saldrá tu obra, el *Plus Ultra*, en las páginas de PINOCHO. Ello te demostrará que tu dibujo, por demás admirable, merece toda clase de publicaciones y elogios.

## A LOS "PINOCHISTAS" PREMIADOS EN EL CONCURSO DE CUENTOS, DIBUJOS Y CHISTES

Los premios y los diplomas concedidos a los Pinochistas, cuyos nombres se publicaron en el número 60, correspondiente al 11 de Abril, pueden pasar a recogerlos en la Administración (calle de Valencia, núm. 28. Madrid), y le serán entregados SIN GASTO ALGUNO.

Los Pinochistas premiados que deseen recibir los premios y diplomas en su domicilio deberán escribir a PINOCHO pidiendo su premio y remitiéndole:

- 1.º Si viven en provincias, 80 céntimos para gastos de envío y para franqueo certificado.
- 2.º Si viven en Madrid, una peseta para gastos de envío.



# Leed las grandes ventajas y regalos reservados a los suscritores

Son de dos clases: **regalos generales y regalos especiales.**

## REGALOS GENERALES

1.º Participación en el sorteo que se celebra todos los meses para repartir, **solamente entre los suscritores**, 58 pesetas en dinero y libros. **(Las condiciones del sorteo se publican todos los meses).**

2.º Participación en los grandes sorteos de regalos extraordinarios que vienen celebrándose y que desde ahora sólo serán para los suscritores. **(Las condiciones de estos sorteos se anuncian en cada uno de ellos).**

3.º Derecho a que se publique su retrato en PINOCHO. Para esto basta enviar la fotografía (que debe ser grande y clara), indicando al mismo tiempo el número del último recibo de suscripción. La suscripción puede ser por un año, por un semestre o por un trimestre. Los retratos se publicarán por el orden en que se reciban y según el espacio que tengamos disponible.

4.º Derecho a tomar parte en los concursos de **Problemas y Pasatiempos**. DESDE AHORA SÓLO PODRÁN TOMAR PARTE EN ESTOS CONCURSOS LOS SUSCRITORES por año, por semestre o por trimestre.

5.º Derecho a tomar parte en la **Colaboración Pinochista**. DESDE AHORA SÓLO LOS SUSCRITORES PODRÁN ENVIAR CHISTES, DIBUJOS, CUENTOS, ETC., PARA QUE SE PUBLIQUEN en PINOCHO.

Los **Regalos generales** no es necesario solicitarlos al hacer la suscripción. En todo momento corresponden a los suscritores sólo por el hecho de serlo.

## REGALOS ESPECIALES

Además de los **regalos generales**, arriba indicados, y que son comunes a todos los suscritores, hay **regalos especiales** para los suscritores *por un año*; otros, para los suscritores *por un semestre*; otros para los suscritores *por un trimestre*. Estos **regalos especiales** sólo los obtendrán los Pinochistas que los soliciten **en el momento de hacer su suscripción**. Los que no los pidan perderán todo derecho, así como los que digan que los pedirán más adelante. Por tanto, quien no obtenga sus **regalos especiales** con su recibo de suscripción, no podrá reclamarlos más adelante.

Los **regalos especiales** son los siguientes:

### Si la suscripción es por un año

1.º Dos tomos **gratis** de la magnífica serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.

2.º Un lote de **cincuenta números** para el sorteo de cinco mil pesetas.

3.º Un Cupón-regalo. Reuniendo tres o más de estos cupones especiales se pueden obtener preciosos regalos.

4.º Tres vales, valederos por un año, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y **con una rebaja del 30 por 100**.

5.º Rebaja de precios en las tapas para encuadernar PINOCHO. (Precio para los lectores: cada tapa, 5 pesetas. Las dos de 1925, 10 pesetas. Precio para los suscritores: cada tapa, 3 pesetas. Las dos de 1925, 6 pesetas).

### Si la suscripción es por un semestre

1.º Un tomo, gratis, de la serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.

2.º Tres vales, valederos por seis meses, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y **con una rebaja del 25 por 100**.

3.º Rebaja de precios en las tapas para encuadernar PINOCHO. (Precio para los lectores: cada tapa, 5 pesetas. Las dos de 1925, 10 pesetas. Precio para los suscritores: cada tapa, 3 pesetas. Las dos de 1925, 6 pesetas).

### Si la suscripción es por un trimestre

1.º Tres vales, valederos por seis meses, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y **con una rebaja del 25 por 100**.

2.º Rebaja de precios en las tapas para encuadernar PINOCHO. (Precio para los lectores: cada tapa, 5 pesetas. Las dos de 1925, 10 pesetas. Precio para los suscritores: cada tapa, 3 pesetas. Las dos de 1925, 6 pesetas).

## BOLETIN DE SUSCRICION A « PINOCHO »

El Pinochista D. ....

calle de ..... núm. .... Pueblo .....  
..... Provincia ..... se suscribe a

PINOCHO por (1)  $\left\{ \begin{array}{l} \text{UN AÑO.....} \\ \text{UN SEMESTRE...} \\ \text{UN TRIMESTRE..} \end{array} \right\}$  cuyo importe de  $\left\{ \begin{array}{l} \text{veinte pesetas (23 pesetas) (2).} \\ \text{diez pesetas.....} \\ \text{cinco pesetas.....} \end{array} \right\}$  remite a la Administración de FINOCHO, Calle de Valencia, 28 (3), en (4) ..... También remite 1,50 pesetas (5) para gastos de envío, etc., de los regalos de suscritor. En total remite ..... pesetas.

(Fecha y firma.)

(1) Bórrase lo que no convenga.

(2) Los suscritores por un año pueden recibir todos los números de su suscripción certificados, añadiendo tres pesetas al precio de suscripción, o sea en total: 23 pesetas.

(3) Para tener derecho a los regalos de suscritor, hay que pagar la suscripción a la Administración **directamente**, o sea sin intermediarios.

(4) Giro Postal, valores declarados, cheque, sellos, etc. (Certifíquense las cartas con valores). Cuando sea Giro Postal indíquese quién y dónde lo ha impuesto.

(5) Este envío es facultativo. Quien no quiera los regalos no debe enviar esta cantidad de 1,50 pesetas, y debe tachar las palabras correspondientes.

## SUSCRICIONES A PINOCHO «CERTIFICADAS»

A partir del 1.º de abril de 1926 admitimos suscripciones por un año a PINOCHO, certificadas; es decir, que remitiremos *cada número semanal certificado*, con lo que desaparece la probabilidad de que se pierdan números, que era para muchos lectores el máximo inconveniente de la suscripción.

El precio de suscripción por año certificada es:

### 23 PESETAS

Los actuales suscritores que deseen recibir desde ahora certificada la revista, deben abonar un nuevo año de suscripción al precio indicado, y mediante ese abono les serviremos no sólo toda la suscripción nueva, certificada, sino certificados también, y *sin pagar nada por ello*, los números restantes de la suscripción anterior.

Los que hayan renovado su suscripción por un año después del 1.º de enero de 1926, podrán recibir su suscripción certificada, sin necesidad de abonar otro año de suscripción, sólo con abonar **dos pesetas cincuenta céntimos** para dicho fin.

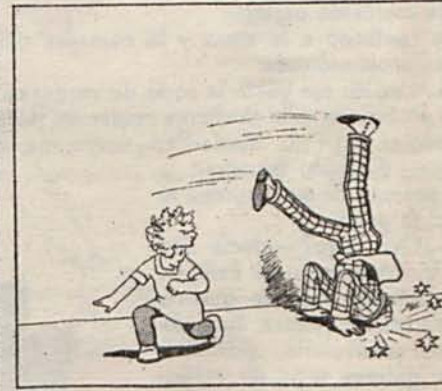
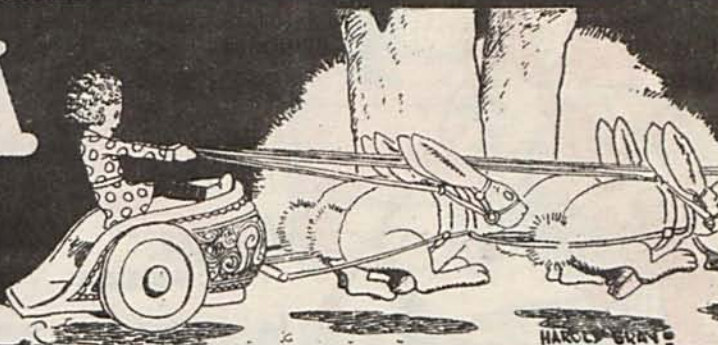
### PINOCHISTAS PREMIADOS EN EL SORTEO MENSUAL DE REGALOS A LOS SUSCRITORES

Premios.	Marzo.	Abril.	Mayo.
Primero. 25 ptas. en dinero.	Srta. Nieves Montoya.—Vitoria..	Srta. María del Pilar Gallo.—Santander.....	D. Francisco Murillo.—Barcelona.
Segundo. 15 ptas. en libros.	D. Manuel Trujillano Arana.—Bilbao .....	> Amelia Rufino.—Gandia....	Srta. Mercedes Rey. — Habana (Cuba).
Tercero. 10 ptas. en libros..	> Celso Barrutia.—Cazorla .....	D. Carlos Marcos.—Cangas de Tineo.....	> Rosa Oñate Prendergast.—Sarriá.
Cuarto. 5 ptas. en libros...	> Manuel Saavedra.—Badajoz...	Srta. Amelia Aranda Sins.—Zaragoza.....	D. Recaredo y María Garay.—Madrid.
Quinto. 3 ptas. en libros...	Srta. Sarita Alonso Pimentel.—Valladolid.....	D. Mauro Alonso.—Vigo.....	> Francisco Gil de Sola.—Barcelona.



# ANITA

## BUEN-CORAZON







# Sección Pirula

## CHARLAS DE PIRULA

*La sopa de verduras.* — Cada vez que los señores de X y su hijita María-Paz se sentaban a comer,

ocurría un verdadero paso de comedia:

—Hoy no tengo hambre de croquetas de gallina —decía María-Paz.

—¿Quieres que se te haga en su lugar un filetito de ternera? —proponía su mamá.

—No me gustan los filetes de ternera —afirmaba apaciblemente María-Paz.

—¡No te apures tú por eso, pochola! —exclamaba su padre—. Se te hará una tortillita de jamón.

—Estoy harta de tortillas de jamón —respondía María-Paz.

—¿Te gustaría comer un lenguadito a la marinera? —tornaba a ofrecer la mamá; etc., etc., etc...

Como puede verse, María-Paz era una niña mimada y sus papás adolecían de un grave defecto, el único defecto que pueden tener los papás, y que consiste en ceder a los caprichos de sus hijos.

Sin duda, os sonreís de la insoportable María-Paz y de sus benévolos papás; a mí me dan pena. Pienso en lo desgraciada que, siguiendo tan peligroso camino, hubiera llegado a ser la pobre criatura de no haber sobrevenido en su manera de ser un cambio tan repentido y radical como inexplicable. Es decir, inexplicable para los demás, no para mí; puesto que mi compañera, la muñeca Dolly, hija de la propia María-Paz, me ha revelado que...

Pero no nos anticipemos a los acontecimientos.

Un día, de vuelta de un largo viaje, llegó a casa de los señores de X el hermano mayor del papá de María-Paz, José-Manuel —tito Joselé—; hombre tan bueno, enérgico e inteligente, que toda la familia sentía por él casi tanto respeto como merecido cariño.

Se sentaron a la mesa y la comedia dió comienzo en su forma acostumbrada:

—A mí no me gusta la sopa de verduras...

—¡Pobrecita mía! Prefieres comer un puré de...

Pero el papá de María-Paz —suyo era este principio de frase—, no pudo terminar; la voz potente de su hermano le cortó la palabra:

—¿Qué oigo? —decía tito Joselé, frunciendo el ceño—. Esa palabra «no me gusta», queda desde ahora borrada de tu vocabulario, sobrinita; si no quieres sopa de verduras, nadie te obliga a comerla..., pero hoy no se te sirve otra cosa.

Y dió orden a la doncella:

—El plato de la niña no se le quita hasta que esté vacío.

El tono era tal, que ni María-Paz ni sus padres se atrevieron a chistar; la niña, testaruda, no comió la sopa; permaneció durante toda la comida ante su plato lleno y, tras de ver desfilar ante sus narices toda suerte de ricas viandas, amén de las golosinas traídas en abundancia por el tío Joselé, se fué a la cama sin probar bocado.

Al día siguiente de esta co-

mida memorable, fué cuando ocurrió en María-Paz el cambio extraordinario de que os hablaba.

No bien se levantó y se avió, en lugar de pedir su chocolate con pan y manteca, dijo espontáneamente esta cosa que a todos pasmó:

—Hoy quiero desayunarme con sopa de verduras.

Y desde entonces no volvió a suceder, ni una sola vez, que María-Paz rechazara lo que se le servía.

Sus papás estaban entusiasmados, si bien no dejaba de chocarles bastante el que un solo acto de energía del tío José-Manuel produjera consecuencias tan profundas y duraderas.

El propio tío no volvía en sí de alegría por una victoria tan rápida y tan fácil.

Y consultándome el caso, me preguntaron los tres:

—¿Tú comprendes, Pirula, que haya bastado con un incidente así para corregir a la nena de un defecto tan arraigado y además volverla sumisa y dulce, de caprichosa e indomable como siempre fué?

—No, yo no lo creía, y tras de reflexionar un momento, me fui al cuarto de juguetes resuelta a interrogar a doña Dolly, la muñequita predilecta de María-Paz, la de mejillas de porcelana, bucleillos de oro y dienteitos de granos de arroz.

Nadie mejor que ella podía estar enterada de lo que hiciera o pensara María-Paz.

Y es que, como ya sabéis todos, nosotras las muñecas somos algo más que juguetes; somos los confidentes íntimos de los niños, confidentes atentos y respetuosos si los hay.

Hallé a la encantadora Dolly lujosamente ataviada con un vestidito de terciopelo granate, al cual María-Paz añadiera *motu proprio* una cintura verde lechuga y un cuello azul celeste; también adornó su sombrero de paja amarilla con cintas color lila y rositas de pitiminí de raso salmón.

Dolly se alegró mucho de verme, me preguntó cariñosamente por Pinocho, Currinche, Anita, Voltereta, etc., etcétera; me dió recuerdos para todos nosotros y, a mis preguntas respecto a María-Paz, me contestó en tono de gran misterio:

—No te engañas, Pirula, al suponer que en el cambio de maneras de mi mamá hay algo más que la oportuna severidad de su tío José-Manuel.

Aquella noche en que María-Paz se acostó sin cenar, tuvo un sueño...

Y aquel sueño que María-Paz le contara a ella, a ella solita, me lo repitió palabra por palabra la gentil Dolly.

Y yo, a mi vez, tendré verdadero gusto en repetirlo, punto por punto, en... el próximo número.



## Un cubrejarro, o pañito.

Como os adivino impacientes por conocer el fin de la historia, os presento un pañito que resultará lindísimo hecho con telas recortadas, o bordado a punto de realce, y os aconsejo que os entretengáis en realizarlo de aquí al domingo que viene.

